

del mundo, vejados, dolientes, oprimidos, como ovejas sin pastor. Allí también, algunos de los que el mundo llama felices, y ricos, y sabios. Todos, todos tenían allí sus representantes. Cerca de El los discípulos que había escogido...

Jesús buscaba más. Penetró con su divina y purísima mirada a los corazones. ¡Buscaba almas!

¡Las almas! Lo más hermoso que había salido de las manos del Creador. Las almas, que había venido a buscar a este mundo. Las almas, imagen de Dios. Lo que más había de glorificarle. Las que habían de cantar las mejores armonías de aquel himno gigante.

¡Ah! ¡cómo debió cruzar por sus ojos un relámpago de tristeza! También en ellas había marcado su sello el dolor. ¿Dónde se había ido aquella hermosura original, que todas las cosas habían guardado, menos ellas, ¡ellas! las más hermosas? ¿Por qué la vestidura de la gracia, con que Dios las había adornado, estaba tan ajada y sin brillo, o había en algunos desaparecido por completo?

La sombra del pecado había oscurecido la vivísima luz de la gracia en las almas. Dios había hecho al hombre hermoso en su cuerpo, pero más hermoso aún en su alma, por la santidad; y el hombre, muy al contrario de todas las criaturas, no había guardado su tesoro de belleza.

Y Jesús veía la imagen del dolor en los cuerpos, las sombras de la culpa en las inteligencias, y las flores del fango en las voluntades inclinadas al mal, rebeldes a la ley, cautivas del pecado.

Y Jesús veía también, que ese dolor de los cuerpos podía, si se aprovechaba, purificar las almas y devolverles su perdida hermosura...

Y abriendo sus divinos labios, comenzó a decir:

Bienaventurados los pobres.

Bienaventurados los que lloran.

Bienaventurados los que padecen persecución.

Bienaventurados los pacientes.

Bienaventurados los limpios de corazón...

Bienaventurados los que sufren, sí, bienaventurados los que por el sufrimiento tienen deseos de justificarse y restaurarse.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Jesús hablaba. Su mirada tranquila y serena, parecía divisar en lontananza todas las generaciones de los hombres. Y debió verlos a todos encorvados hacia el suelo, por el pe-